

Hay que saber estar sentados

HUGO ESTRADA

El 14 de julio de 1977 algo insólito sucedió en Nueva York, la ciudad más monumental del mundo: Hubo un apagón de luces que duró 25 horas. Aquella ciudad babilónica tembló de miedo. Los trenes paralizados; los elevadores de los hoteles sin funcionar, los alimentos pudriéndose en las refrigeradoras; los “aprovechados” asaltando los supermercados y almacenes. La soberbia Nueva York cayó de rodillas, humillada, al ver que le había fallado su ídolo: la técnica. Es éste uno de los síntomas de nuestra civilización, que pone toda la esperanza en la energía, en las máquinas, en las computadoras. Pero en el momento menos pensado, llega la catástrofe. La técnica, como tal, es un ídolo, pero los ídolos se quiebran al caerse de su pedestal.

Al meditar en esta catástrofe, pensamos en Marta y María, las hermanas de Lázaro. El día que Jesús llegó a visitarlas, María tuvo la oportunidad de escuchar la palabra viva de Jesús. La Palabra de Dios es espada de doble filo que penetra hasta lo profundo del corazón. Pero Marta estaba impidiendo que la Palabra de Dios le llegara hasta las profundidades de su alma porque continuamente iba a la cocina y volvía a la sala donde Jesús estaba hablando. Marta se dejó impresionar por las ollas, la sal, la receta de cocina, el reloj. Creyó que podía al mismo tiempo, oír la Palabra de Dios y escuchar el tintineo de las ollas y sartenes. Jesús tuvo que reprenderla. Le enseñó que debía aprender a sentarse para escuchar la Palabra como su hermana María.

Marta y María

A veces, la actividad turbulenta es un medio de huir de uno mismo. Se tiene miedo de escuchar la voz de la conciencia, la voz de Dios, que habla claro y que nos pide un compromiso, una



El Señor nos susurra lo que nos conviene.

actuación rápida. Superabundan las personas que tienen entre manos innumerables proyectos, pero en su planificación no se incluye el tiempo necesario para escuchar a Dios, para hablar con El, que tiene un plan para nuestra vida; que desea que seamos felices siguiendo sus directivas. No hay tiempo para Dios. Por eso falta la luz de la Palabra y abunda la falta de crecimiento espiritual. Por eso, muchas veces, somos enanitos espirituales que tropezamos con toda clase de obstáculos que impiden nuestra realización humana.

“María escogió la mejor parte y no le será quitada”, fue la respuesta de Jesús a Marta, que se quejaba porque su hermana María no la ayudaba en los quehaceres domésticos. María fue sabia: Jesús estaba de visita, su Palabra

no la podía tener todos los días. María no tuvo miedo de ser penetrada por la Palabra, de ser trasformada. Por eso se sentó, tranquilamente, a los pies de Jesús. Tal vez alguien se incline a creer que María era algo haragana. Pero... ¡Jesús nunca hubiera alabado a una mujer haragana! María, como su hermana Marta, era una mujer activa y solícita. Pero, sobre todo, era sabia, porque, cuando llegó el momento preciso de escudriñar los secretos de la Palabra de Jesús, supo “escoger la mejor parte”, y se sentó a los pies del Señor.

Reza y trabaja

Los grandes santos de la Iglesia han sido de una actividad prodigiosa. Sabían encontrar el momento preciso

para estar sentados a los pies del Señor. "Reza y trabaja", era el lema de San Benito. El "abogado del diablo", en la canonización de Don Bosco, al escuchar la relación del sinnúmero de obras que había realizado el santo, dijo: "Pero ¿cuándo rezaba Don Bosco?" Pío XI, que había conocido muy bien al santo, respondió: "Mejor dicho, ¿cuándo no rezaba Don Bosco?". San Juan Bosco tenía una actividad que asombraba, pero para él lo primero era hablar con Dios, escucharlo. Sentarse a los pies de Jesús.

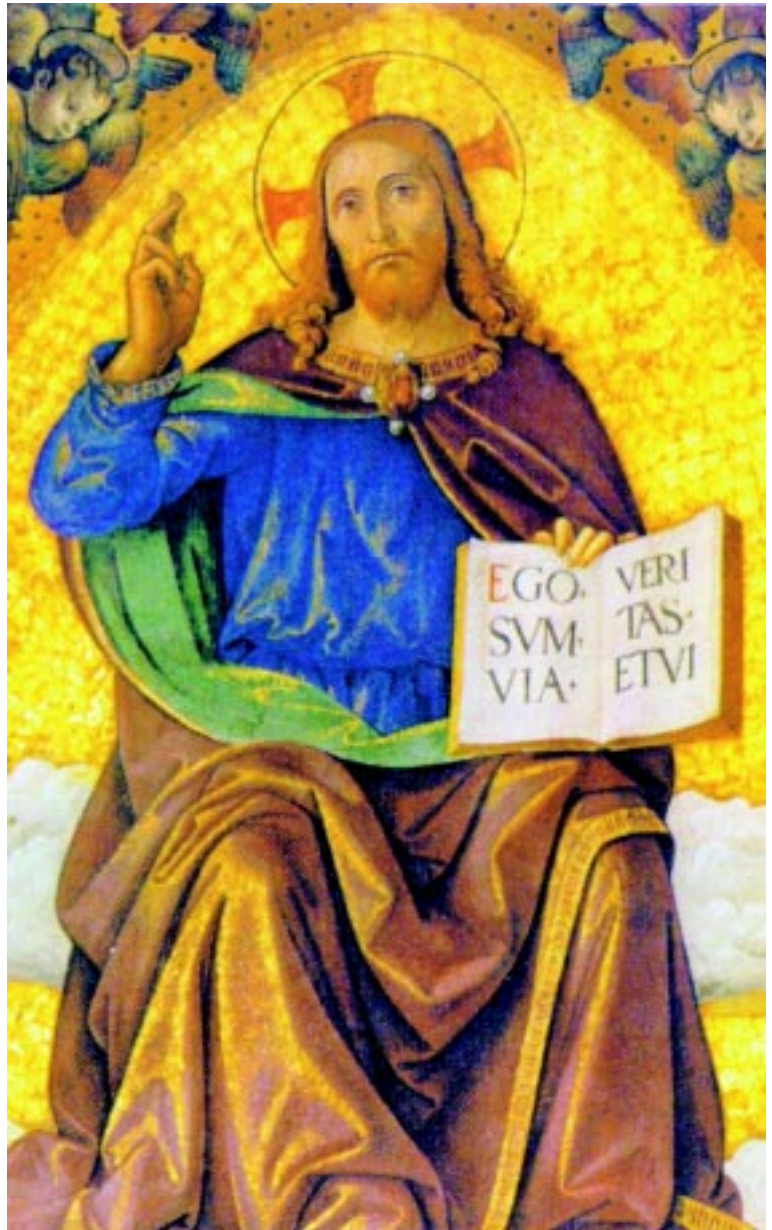
Ningún apóstol de vida tan trajinada y azarosa como San Pablo. Viajó más que los demás apóstoles juntos, emprendió las más arduas misiones, y pudo escribir: **"Mi vivir es Cristo"**. Es decir, Pablo era un hombre de una riquísima espiritualidad en medio del ajetreo de su amplísima misión evangelizadora.

Abrahán se encontraba en la puerta de su tienda en actitud meditativa. En ese preciso momento descubrió que el Señor pasaba delante de él bajo la figura de tres jóvenes. Abrahán se dirigió hacia los tres jóvenes, vestidos de blanco, y los presionó con afabilidad para que no pasaran de largo sin entrar en su casa. Y mientras les hablaba, al mismo tiempo daba órdenes para que se preparara lo necesario para la comida. Esta actitud de Abrahán nos da un pauta de lo que debe ser la vida espiritual: en él se conjugan la actividad y la oración. Y es lo que se debe buscar; que la actividad y la oración sean hermanas gemelas.

El ritmo de nuestro mundo no nos lleva a ser hombres y mujeres de oración y meditación. Todo lo contrario. Nuestra mente se parece a los anuncios titilantes de las principales avenidas de la ciudad. Pero esta actitud "intermitente", de zozobra, no es lo ideal. Abrahán descubrió que el Señor pasaba delante de su tienda porque se encontraba con su mente serena y abierta a recibir la voz de Dios.

El Señor pasa

Delante de nosotros, tantas veces, a diario, pasa el Señor y no sabemos adivinar su presencia. Él nos dirige la pa-



Aprender a sentarse para escuchar la Palabra.

labra, pero el ruido interior y exterior nos impide escucharlo. Hay mucho de la inquieta Marta en nosotros; tenemos demasiada fe en el ruido; nos gusta aturdirnos y creemos firmemente en la droga del activismo. El Señor quiere hablarnos, enseñarnos el camino que tanto hemos buscado; el Señor nos susurra lo que nos conviene. Pero la Marta, que vive dentro de nosotros,

impide que oigamos con claridad la voz de Dios. Hasta que aprendamos a saber sentarnos a los pies del Señor, aun en medio de estruendo de nuestra ciudad y de nuestro siglo, sólo entonces caeremos en la cuenta de que María, en realidad, había escogido **"la mejor parte"**, la que nosotros, tantas veces desperdiciamos.

